

DON LUIS

Don Luis siempre se apoyaba en el ciprés del cementerio. Cada domingo lo mismo. Le costaba comenzar: susurraba, refunfuñaba con incomodidad... pero conforme pasaba el tiempo se iba animando, contándole a las lápidas que le rodeaban sus viejas aventuras y sus nuevas anécdotas.

Nadie le decía nada por ello, en realidad. Ni los muertos, ni las pocas personas que pasaban por allí para reemplazar las flores secas de las tumbas.

De hecho, la única alma que le contestó alguna vez fue la mía.

Me había mudado a aquel pueblo hacía un año, a una casita cerca del cementerio. Trabajaba cuidando el lugar: guardaba las llaves, lo mantenía lo más limpio que podía... Cuidaba a unos muertos que no eran los míos, se podría decir, aunque ningún cementerio tuvo nunca mucho valor sentimental para mí.

Y desde el primer domingo que pasé en este lugar, don Luis llamaba a mi puerta, pedía las llaves y se iba a su ciprés, a apoyarse y a hablar con los recuerdos de sus amigos. Al principio lo tomé por un loco, y estuve muy tentado a recordarle que nadie lo estaba escuchando. Al principio fui egoísta y maleducado. En mi defensa, todavía estaba adaptándome a aquel lugar, y no me duró mucho: un día, un domingo, don Luis faltó a su cita con los muertos. Los cementerios son fríos y tristes ya de por sí, pero este, sin la voz de aquel anciano encorvado resonando por los rincones, sin su tos ni el olor de su tabaco, lo era aún más. El siguiente domingo regresó, con más energía que en los anteriores, y otra vez volvió a escucharse su voz por el lugar, y de nuevo este perdía su tristeza y frialdad.

—¿Cómo está usted hoy, don Luis? —le pregunté aquel día, intentando averiguar qué le había ocurrido.

—Muy vivo —me sonrió, expulsando el humo de su pipa.

Era difícil sacarle algo a don Luis. A las lápidas se lo contaba todo, pero a los demás...

Hablando con gente del pueblo me enteré de que don Luis no tenía familia. Había estado casado durante muchos años, pero una enfermedad rara se había llevado a su esposa. En cuanto a amigos, la mayoría se había marchado del pueblo, y los demás le esperaban cada domingo en el cementerio.

Me fascinaba cómo la presencia de aquel viejo transformaba el ambiente del cementerio, por lo que pronto comencé a pasar los domingos con él. Me sentaba a su lado, bajo el ciprés, y lo escuchaba. Unos días nos leía en voz alta las Novelas Ejemplares, otros, contaba travesuras de su infancia, riéndose y tirándole piedrecitas a

algunas lápidas, y ciertos días, con tanto cariño que incluso llegaba a incomodarme, se dirigía a la que quedaba frente a él, recordando en voz alta.

Había que conocer muy bien a don Luis para detectar la tristeza y melancolía que encerraban sus miradas y sus risas. A mí me costó muchos domingos, y no creo que viera ni la mitad.

A mediados de un enero, mientras una ventisca azotaba el pueblo, vi su figura a través de la nieve acercándose al cementerio. Me puse varias capas de abrigo lo más rápido que pude, cogí varias mantas y salí corriendo en su búsqueda.

–¡Pero qué hace! ¡Se va a poner enfermo! –le grité mientras intentaba llegar hasta él a través de la gruesa capa de nieve. Me sentía furioso.

Don Luis llevaba un abrigo, pero el agua había calado en él. Estaba chorreando, tenía la cara muy pálida y sus manos temblaban. Su voz al responderme no fue más amable de lo que la mía había sido. Su mirada, cargada de dolor, me asustó.

–¡Y a usted qué le importa! ¡Váyase a su casa!

–Véngase conmigo –le ofrecí, suavizando la voz. Le extendí las mantas, que terminó aceptando.

–No... Tengo que ir... –dijo avanzando.

Siempre he admirado la promesa que este hombre cumplía cada domingo, pero no lo iba a dejar ir al cementerio en sus condiciones.

–Se viene usted a mi casa, don Luis. Nos sentamos a la chimenea y cuando se haya secado y el temporal haya cedido, se viene.

–Pero me esperan –dijo con un hilillo de voz–, tengo que ir.

Antes de poder repetirle mi propuesta, don Luis cayó al suelo.

Don Luis pesaba muy poco. Lo llevé a mi casa, lo sequé lo mejor que pude y lo dejé en mi cama, bajo muchas mantas.

Se despertó pronto, pero estaba muy desorientado y se quedó dormido en cuanto le di de beber. Tenía la frente muy fría y seguía temblando.

Necesitaba llamar al médico del pueblo, pero la tormenta aún no había cesado. Intenté leer, entretenerme, pero no lo conseguía. Acabé dando vueltas por la casa, intentando calmar mis nervios. Nunca había estado tan preocupado por alguien, excepto, quizás, por mi hermana cuando aún era niño. No recordaba el momento en el que don Luis había pasado a ser mi amigo, y mucho menos el momento en el que lo comencé a considerar familia. Pero allí estaba. Había pasado de ser un hombre triste y solo que cuidaba un cementerio a volver a tener familia y entusiasmo por las cosas.

Empezaba a anochecer cuando la tormenta amainó. Don Luis seguía dormido y, aunque los temblores ya habían parado, seguía estando helado. Aproveché el momento para buscar al médico, aun sabiendo que era muy probable que no accediera a acompañarme con aquel tiempo y a aquella hora.

En efecto, al abrir la puerta y verme, gruñó.

–Buenas noches –saludé con educación.

–¿Qué quieres?

–Necesito su ayuda...

Al principio, el doctor se mostró reticente, pero en cuanto mencioné a don Luis, su expresión cambió.

–Voy a por sus medicamentos –dijo inmediatamente, dejándome solo en la puerta de su casa. ¿Sus medicamentos? Aquello me extrañó, pero volvió tan rápido que no me dio tiempo a pensarlo. Se había puesto varios abrigos y llevaba su maletín y una bolsa. Tuve que correr para alcanzarlo.

–¿Puedes repetirme qué ha pasado?

Y le volví a contar lo sucedido, esperando que él supiera qué hacer. Aunque su expresión seguía siendo seria, se relajó un poco al escucharlo.

–Pensé que había sufrido otro ataque de los suyos –respiró aliviado el médico–. Pero lo que me dices no se parece... Creo que con esto puedo ayudar.

–Perdone, ¿otro ataque? ¿A qué se refiere?

En lugar de contestarme, aceleró el paso.

Ya en la casa, y tras examinar al anciano, el médico dictaminó que, como suponía, había sido un caso de hipotermia. Me felicitó por no haberlo dejado ir, dándome la mano, y me dio varios frasquitos por si empeoraba, lo que no creía que pasara. Me pidió que lo dejara en mi cama reposando un par de días, hasta que estuviera mejor. Y, por último, antes de marcharse, me entregó la bolsa de medicamentos que había cogido al salir de su casa.

–Mira, no creo que sea necesario porque lleva sin sufrir su enfermedad bastante tiempo, pero por si acaso... guárdala.

La guardé, confuso, y me fui a dormir a una habitación que había preparado por si alguien se dignaba a visitarme alguna vez.

En los días siguientes, la mitad del pueblo visitó a don Luis. Le traían dulces, sopas, regalos... Todo el mundo se preocupaba por él, todo el mundo era su familia.

El último día que pasó en mi casa, ya totalmente curado, se empeñó en ir al cementerio. Yo lo acompañé, y de nuevo nos sentamos y contamos historias.

–Y entonces, ¿tiene familia? –me preguntó cuando acabé de contar una historia de la infancia con mi hermana.

–Es menor –asentí–, aunque... No sé dónde estará, perdimos el contacto hace mucho.

–¿Qué pasó?

–No lo sé –admití.

Nos quedamos en silencio un rato, hasta que don Luis empezó a contar otra de sus aventuras.

–Perdone, don Luis, pero tengo que preguntarle algo. ¿Está usted enfermo? El doctor mencionó algo, y he escuchado a los demás susurrando en el pueblo.

Don Luis se quedó serio, pensativo, mientras miraba la lápida que quedaba frente a él. Respiró profundamente.

–Tengo la misma enfermedad que padeció mi mujer –confesó al fin. Al ver mi cara, intentó aclararlo-. Pero esta vez es distinto, hijo. Me di cuenta a tiempo, de vez en cuando visito especialistas en la ciudad, tomo mi medicina cuando me toca y el médico siempre me ayuda.

–Espero que sí que sea distinto –conseguí decir al cabo de un momento–, no se puede morir, que entonces tendré que encargarme del cementerio yo solo –intenté bromear.

Don Luis rio, aunque tenía la mirada triste de otros días.

–¿Y por qué viene a hablarle a las tumbas? ¿Le hizo una promesa a su esposa o...? –le pregunté cuando dejamos el lugar.

Don Luis se encogió de hombros.

–Me gusta recordar, y quiero ponerlos al día y estar con ellos.

–Está usted loco.

–Como todos.

Con los años me fui acercando más a la gente del pueblo, y conocí a amigos y familia, aunque seguí viviendo solo en la casa del cementerio. Conseguí además, con la insistencia de don Luis y con mucha ayuda de otras personas, establecer contacto con mi hermana de nuevo, que ya era una mujer adulta y que, según me contaba en sus cartas, había conseguido un buen trabajo en una ciudad importante.

En cuanto a don Luis, vivió muchos años más y, aunque entre la edad y aquella enfermedad perdió mucha energía, no hubo domingo que no asistiera al cementerio.

No pasó ni uno de sus últimos días solo, y, a pesar de saber muy bien que el tiempo se le había acabado, bromeó mucho y me prometió que el siguiente domingo me contaría una de sus mayores aventuras, de cuando tenía mi edad.

Todos los domingos después de limpiar y arreglar un poco el lugar, me paraba a hablarle a don Luis y a sus muertos un rato. Lo habían enterrado al lado de su mujer, frente al ciprés. En su tumba nunca faltaron las flores.